

## CAPITULO X.

### LA ENTREVISTA.

Filemon fué despertado al amanecer del siguiente día por los criados que iban á barrer la sala de lecciones, y empezó á pasearse, bastante triste, arriba y abajo, deseando y temiendo á la par que pasasen las tres horas, trascurridas las cuales seria admitido en casa de Hipatia. Pero no habia probado alimento desde las doce del día anterior; apenas habia dormido tres horas aquella noche, y habia estado trabajando, corriendo y combatiendo por espacio de dos días sin un momento de tranquilidad de cuerpo ni de espíritu. Enfermo de hambre y de cansancio, y lleno de dolores desde la cabeza hasta los piés, á causa del duro lecho de granito que acababa de dejar, se sintió incapaz de reunir sus ideas para la próxima entrevista. No se le alcanzaba el modo de conseguir qué comer; pero, teniendo dos manos, podía á lo menos ganarse una moneda transportando alguna carga; de consiguiente, se dirigió á la esplanada en busca de

trabajo. No habia ninguno, por desgracia; y se sentó en el parapeto del muelle, entreteniéndose en observar la multitud de sardinas que jugaban sobre los escalones de mármol bañados por las olas, y en admirar los cangrejos y langostas de mar que subian y bajaban arrastrándose para comerse los despojos de peces muertos. Por último, su espíritu, demasiado fatigado para pensar en ninguna otra cosa, se absorvió en la contemplacion de una poderosa lucha entre dos grandes cangrejos, que tenian prendida fuertemente, cada cual con una pata, su respectiva rama de alga, mientras que con las demas tiraban, uno de la cabeza y otro de la cola, de un pez muerto. ¿Cuál de ellos venceria? ¿Cuál? Y durante cinco minutos Filemon estuvo solo en el mundo con los dos héroes luchadores. . . . ¿Serian tal vez emblemáticos? ¿No pudiera el cangrejo superior representar á Cirilo, el inferior á Hipatia, y en el pez muerto no pudiera estar representado él mismo. . . . Pero repentinamente aquel espectáculo concluyó: el pez se dividió por la mitad, y los emblemas de Hipatia y de Cirilo, desprendiéndose de sus res-

pectivas ramas de alga con el sacudimiento, cayeron, llevando cada cual su medio pez, y desaparecieron en los azules abismos de tan ridículo modo, que Filemon soltó la carcajada.

—¿Qué motivo hay para tal risa? preguntó detrás de él una voz que le era bien conocida, al mismo tiempo que una mano le tocó familiarmente la espalda.

Se volvió y vió al porterillo, el cual llevaba en la cabeza una cesta de higos, uvas y sandías; objetos que el fraile contempló con ávidos ojos.

—Bien, mi jóven amigo, ¿y cómo no estás en la iglesia? Mira detrás de tí á todos los santos que entran en el Cesáreo.

Filemon prorumpió de bastante mal humor en sonidos inarticulados.

—¡Hola! ¿Indispuesto ya con el sucesor de los apóstoles? Mi profecía se ha cumplido. ¿Qué tal?

¡Pobre Filemon! Disgustado consigo mismo, por conocer que el portero tenía razón; temblando ante la idea de publicar las faltas de los cristianos; mas aún, de hacer su confidente á aquel tonto, y sin embargo, deseando en su ais-

lamiento desahogarse con alguno, refirió casi á su pesar los sucesos de la última noche, y acabó pidiendo al porterillo que le sugiriese un medio de ganar su almuerzo.

—¡Ganar tu almuerzo! . . . ¡El favorito de los dioses. . . El huésped de Hipatia habria de ganar su almuerzo, mientras yo tenga un óbolo que partir con él? ¡Bajo pensamiento! ¡Jóven! yo te he hecho una injusticia. Ayer por la mañana, obrando de una manera antifilosófica, dejé que la envidia alborotase las olas del Océano de mi inteligencia. Hey somos ya amigos, y hermanos en el odio á la raza monástica.

—No los aborrezco, dijo Filemon. Pero, esos salvajes de Nitria. . .

—Son los modelos mas perfectos; y si tú aborreces á esos, es evidente que aborreces á todos los demas. No en vano he aprendido yo la lógica. ¡Ahora, levántate! El mar acaricia nuestros miembros cubiertos de polvo; las Nereidas y los Tritones, sin exigir dinero por ello, nos convidan á los baños de la naturaleza. En casa, un gran pescado humea sobre la alegre mesa, el cuerno está rebozando con la cerveza, y las ce-

bollas adornan la fuente; ¡vamos, pues, huésped mio y hermano!

Filemon devoró ciertos escrúpulos que le acometían de admitir el convite de un pagano, convencido de que, á no ser así, no tendría que devorar ninguna otra cosa; y despues de bañarse en el mar acompañó al hospitalario porterillo hasta la casa de Hipatia, donde el último dejó su diaria racion de frutas, y en seguida entró con él en una calle angosta, donde, en el piso bajo de un caseron con una escalera comun, llena de chiquillos, de gatos y de pollos, fué introducido por su huésped en una sala pequeña; y allí, el incitante olorillo del pescado cocido reanimó el corazon del monge.

— ¡Judit! ¡Judit! ¿qué haces? ¡Mármol del Pentélico! ¡Espuma de vino tinto! ¡Lirio del lago Marcótis!.... ¡Oyes, maldita Andrómeda negra? ¡Si no traes al instante el almuerzo, te voy á abrir en canal!

La puerta interior se abrió, y apareció trémula, con varios platos en las manos, una negra alta, vestida, segun acostumbraban los de su raza, con una camisa de algodón blanco, un zagalejo

encarnado y un turbante amarillo, tambien de algodón, rodeando su cara negra de tal modo, que hubiera podido servir de punto de mira á una milla de distancia. Dejó los platos, y el portero magestuosamente condujo á Filemon á su asiento, mientras que ella se retiró, y permaneció de pie sirviendo con la mayor humildad á su señor, el cual no tuvo á bien presentar al monge la negra hermosura que componia todo su serrallo.... Pero, sin duda, semejante acto de cortesía hubiera sido inútil; pues apenas el primer trozo de pescado estuvo seguro en la boca del pobre Filemon, cuando la negra se lanzó á él, le cogió por la cabeza le cubrió de besos.

El porterillo se levantó gritando, con un cuchillo en una mano y un puero en la otra, mientras que Filemon, no menos escandalizado, saltó tambien de su asiento y se desembarazó de la negra, que, viendo la imposibilidad de desahogar por mas tiempo sus sentimientos sobre la cabeza del jóven, cambió de táctica, se echó al suelo y empezó á besarle los piés.

— ¡Qué significa esto? ¡Delante de mí!

¡Levántate, muger sin vergüenza, ó te mato!

Y el porterillo tiró de ella, hasta harcerla poner de rodillas.

—Es el monge. ¡Es el jóven de quien te dije que me habia salvado de maros de los judíos la otra noche! ¡Qué buen ángel le ha enviado aquí, para que yo pudiera darle gracias?

Así exclamaba aquella infeliz, mientras que las lágrimas corrían por su negra y lustrosa cara.

—Yo soy ese buen ángel, dijo el portero, con una mirada de profunda satisfaccion. Levántate, hija del Erebo; te concedo el perdon, por la circunstancia de no ser mas que una muger. ¡No dice el poeta que "la muger es esclava de la pasion, al paso que el hombre tiene imperio sobre la pasion y sobre ella?..." ¡Jóven! ¡ven á mis brazos! Con razon dicen los filósofos que el universo es mágico, y que en sí mismo y por medio de misteriosas simpatías enlaza lo semejante á lo semejante. El instinto profético de tus beneficios futuros, me atrajo á tí como por una invisible cadena desde que te ví la primera vez. Tú eras un

espíritu familiar mio, mi hermano, aunque no lo conocieses.... Por eso no te alabo.... no, ni te doy gracias, aunque me hayas conservado la única palma que presta sombra á mi fatiga; la sola flor de loto (negra, no blanca, en este caso especial) que nace para mí en este grande Océano de fango. Lo que has hecho, lo has hecho por instinto, por impulso divino; no podías menos de haerlo, como ahora no puedes menos de comer ese pescado; y no debes ser elogiado por ello.

—Gracias, dijo Filemon.

—Compréndeme. En las escuelas, nuestra teoria para tales casos es la siguiente (á lo menos, lo ha sido, en los últimos seis meses): en tí y en mí existen, como resultado de un origen comun, partículas semejantes. Causas semejantes producen efectos semejantes; nuestras atracciones, antipatías, impulsos, son por lo tanto, en circunstancias parecidas, absolutamente iguales: y así, tú hiciste la otra noche lo mismo que yo hubiera hecho en tu caso.

Filemon consideró cuestionable la última parte de la teoria; pero no habia cesado aún de comer y su boca estaba

demasiado llena de pescado para meterse á argüir.

—Y por eso, prosiguió el porterillo, debemos mirarnos en adelante como una sola alma en dos cuerpos. Concedo que te ha tocado la mejor parte corpórea de la division.... pero el alma es lo que constituye la persona. Creeme; yo no desdeñaré nuestra fraternidad. Si alguno te insultare en lo porvenir, llámame; que si te oigo, este brazo derecho....

E intentó dar un golpecito en la cabeza de Filemon; pero como éste le excedia en estatura, hasta el punto de llevarle la cabeza y los hombros, la tentativa no tuvo el menor éxito. Entonces el porterillo cogió la calabaza de la cerveza, y llenando de este líquido un cuerno de vaca, lo levantó en el aire con el dedo pulgar fijo en el extremo mas delgado.

—¡A la Décima Musa y á tu entrevista con ella!

Dijo, y separando el pulgar, derramó una gran cantidad de líquido en su boca, no tomando aliento hasta dejar vacío el cuerno; en seguida se limpió los labios, lo alargó á Filemon, y se avalan-

zó con nuevo ardor al pescado y las cebollas.

Filemon, á quien todo aquello parecia soberanamente absurdo, no tenia ninguna invocacion que hacer, excepto una que consideraba demasiado sagrada para el actual estado de su entendimiento; así, se limitó á ver de imitar la accion del porterillo, y lo que consiguió fué llenarse de cerveza los ojos, la nariz, el pecho; y por último, que se le pusiera negra la cara con la sofocacion, mientras que su huésped le observaba sonriéndose.

—¿Segun eso, ignoras los usos antiguos y clásicos, conservados en este centro de civilizacion por los descendientes de los héroes de Alejandro?... ¡Judit! levanta la mesa. ¡Ahora, al santuario de las Musas!

Filemon se levantó, no sin rezar á la conclusion de la comida. Un respetuoso *Amen* se oyó al otro extremo de la sala; lo habia pronunciado la negra. Al notar que el jóven la miraba, bajó los ojos modestamente y se retiró llevándose los restos del almuerzo. Filemon y el porterillo se encaminaron á casa de Hipatia.

—¿Tú muger es cristiana? preguntó el monge cuando estuvieron fuera.

—¡Hem!... su alma bárbara se inclina á la supersticion. Con todo, para ser muger y negra, es buena y económica, aunque necesita, como todos los animales de baja ralea, que se la castigue de vez en cuando. Yo me casé con ella fundado en motivos filosóficos. Me era necesaria una muger por muchas razones; pero, acordándome que el filósofo debe dominar los apetitos materiales y elevarse sobre los ruines deseos de la carne, aunque su naturaleza le impulse á satisfacerlos, traté de hacer que el placer fuese lo mas desagradable posible. Tenia la eleccion de varias lisidas... y los parientes de éstas, oriundos de antiguas familias macedónicas, como yo, no se oponian á la boda; pero yo necesitaba una muger de gobierno, con cuyos deberes no se avenia la falta de un brazo ó de una pierna.

—¿Por qué no te casaste con una muger colérica y regañona? preguntó Filemon.

—Excelente observacion, contestó el porterillo. Y si te he de decir la verdad, el ejemplo de Sócrates asaltó luminoso

mas de una vez mi imaginacion. Pero, ¡y la calma filosófica, mi querido jóven, y la pacífica contemplacion de lo inefable? Yo no podia prescindir de estos lujos. Así, habiendo ahorrado, por la bondad de Hipatia y de sus discípulos, una corta suma, salí, compré una negra y alquilé seis habitaciones en el caseron que acabamos de dejar, donde admito jóvenes alumnos de la Divina Filosofía, mediante la competente retribucion.

—¿Tienes inquilinos ahora?

—Ciertas habitaciones están ocupadas por una señora de alta clase. El filósofo debe abstenerse, sobre todo, de habladurias. Refrenar su lengua es... Pero, hay un gabinete para tí; y en cuanto á la sala de recibo de donde hemos salido... ¿no somos, por ventura, hermanos? Podemos combinar nuestras comidas, del mismo modo que lo están ya nuestras almas.

Filemon le dió las mas expresivas gracias por el ofrecimiento, aunque sin aceptarlo; y dentro de diez minutos se encontró á la puerta de la misma casa que habia estado observando la noche antes. ¡Era, pues, Hipatia la muger que

había visto!... Un portero negro le dirigió á una esclavilla, la cual le condujo, al través de claústros y corredores, á la gran librería, donde cinco ó seis jóvenes se ocupaban bajo la inspeccion de Teon, en copiar manuscritos y dibujar diagramas geométricos.

Filemon miró con curiosidad aquellos símbolos de una ciencia que le era desconocida, costándole trabajo creer que pudiese tambien él llegar á entender algun día sus misterios; pero tuvo que bajar los ojos al notar que los jóvenes contemplaban con desprecio su piel de cordero hecha pedazos y sus cabellos desaliñados. Apenas pudo reunir sus ideas lo suficiente para obedecer las indicaciones del venerable anciano, el cual le llevó en silencio fuera de la sala, atravesando en su compañía, sin que dejasen de sonar á sus oídos las risas de los alumnos, la antesala por donde había entrado, y siguiendo á lo largo de una galería, hasta que se detuvo y llamó suavemente á una puerta.... ¡Debia estar dentro!.... ¡Ahora!.... ¡Al fin!.... Las rodillas de Filemon se tocaban una con otra; su corazón se hundía en mil abismos.... ¡Pobre joven!...

De buena gana hubiera retrocedido, no parando hasta verse en la calle.... pero, ¿el paso que iba á dar no era su única esperanza, su único objeto?.... ¿Por qué no habría hablado aquel anciano? Si á lo menos hubiese dicho alguna cosa.... Si á lo menos le hubiese mirado con malos ojos, con desprecio.... Pero, tan gravemente impasible como un hombre ocupado en una faena indiferente para él y que desease darlo á entender así, el anciano abrió la puerta, y Filemon le siguió.... ¡Allí estaba Hipatia! mas radiante de gloria que nunca; mas aún que cuando resplandecía con el entusiasmo de su elocuencia; mas que la noche antes, velada por trenzas de oro y coronada por los rayos de la luna. Estaba sentada, sin mover un solo dedo cuando ellos entraron. Saludó á su padre con una sonrisa, que valió por toda su aparente falta de cortesía hacia él, y en seguida fijó sus grandes ojos pardos en Filemon.

—Hija mia, aquí tienes al joven. Has deseado que te le trajeran, y siempre he creído que sabes mejor que nadie lo que conviene.

Otra sonrisa de Hipatia puso fin á las